

La Europa que podría hacernos soñar

Entrevista con ROSI BRAIDOTTI



Pregunta: La cuestión europea está siempre presente en tus escritos, una suerte de tela de fondo que tejes con el hilo del pensamiento crítico feminista y sobre la cual construyes tu hacer intelectual feminista comprometido con la producción de saberes "otros".

Para ti, la cuestión europea es en primer lugar la de la identidad europea: se trata de pensar la identidad a partir de un razonamiento antiesencialista, crítico-genealógico, que piense una Europa desde su posible devenir posteuropeo. Por lo tanto, me gustaría comenzar por aquí, por la cuestión de la identidad europea.

Rosi Braidotti: Así es. Quizá fuera preciso añadir que las cuestiones de la identidad y de la subjetividad política son los pilares de mi trabajo teórico, en el que la dimensión europea ocupa un lugar fundamental en la medida en que, como tú justamente dices, pone en tela de juicio el nacionalismo y sus derivas esencialistas.

La identidad europea

P: Subrayas dos problemas principales: por una parte, la falta de criterios compartidos para una definición común de la identidad europea; por otra, el hecho de que la identidad europea no coincide con la de la Unión Europea. Nos invitas a volver a examinar la historia, que es también la mortífera historia de una Europa colonial, seguida de la Europa

de las dos guerras mundiales, expresiones, en tanto que guerras civiles europeas, del nacionalismo, del rechazo de la diferencia, del racismo. No olvidar la historia, asumir su responsabilidad en pos de una Unión Europea pensada, de acuerdo con Altiero Spinelli, como una federación encaminada a sacar al pueblo europeo del deseo de "matar al otro". De tal suerte que piensas en una identidad europea posnacionalista, construida sobre una ciudadanía flexible.

¿Podrías explicarnos cómo concibes esa identidad europea postnacionalista, lo que entiendes por ciudadanía flexible y cómo lo articulas con tu concepción de los sujetos nómadas?

Braidotti: ¡Tremendas preguntas! Responderé primero desde un punto de vista histórico. La noción de una identidad europea postnacionalista es una referencia a las tesis fundadoras de Spinelli, que he re combinado con una lectura del sujeto nómada inspirada en la filosofía postestructuralista. Las tesis de Spinelli acerca de la federación europea descansan en una serie de postulados que considero fundamentales, esto es: el antifascismo, la crítica del nacionalismo europeo y el rechazo del antisemitismo y de cualquier tipo de racismo. De acuerdo con Spinelli, y con todos los padres fundadores, un espacio europeo común implica una extensión de la misma práctica de la democracia al plano supranacional. Es preciso remontar la pendiente tras el desastre del fascismo y la pérdida de los derechos fundamentales de una parte de los ciudadanos de este continente. Pero se trata de algo más: de una crítica radical del nacionalismo y de sus ramificaciones fascistas y xenófobas. La brutal y dura lección de la época fascista y nacionalsocialista en Europa establece una relación directa entre el proyecto de un espacio común europeo y la experiencia del fracaso moral y político de los sistemas supuestamente democráticos en Europa. Quiero subrayar el carácter tanto moral como político de esa relación, que se expresa de manera explícita en los textos de Spinelli.

Además, es significativo que incluso hoy en día la oposición más fuerte a la Unión Europea adopte la forma de un nacionalismo exacerbado, a menudo expresado por grupos de extrema derecha. Quiero subrayar que, sobre la base de su propia historia, la misma noción de la Unión Europea contempla el cuestionamiento de las raíces nacionalistas de la identidad europea e impone una urgente redefinición de esa identidad. A este respecto, el texto de la nueva Constitución europea representa una verdadera regresión con respecto a los textos fundadores de la Unión Europea en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, en la medida en que somete la construcción de la nueva Europa a la pertenencia a los Estados-nación y a sus exigencias.

Desde un plano más teórico, el proyecto europeo en el sentido postnacionalista del término suscita la cuestión del estatus del sujeto y la crítica del individualismo. El mismo poder del Estado-nación se asienta sobre una noción del individuo como detentador de derechos y privilegios. Se trata de una visión del ciudadano como un individuo libre, racional, de

género masculino, que habla una lengua estándar, vive en una ciudad y es propietario (de los bienes y las personas de género femenino y de los niños). Es la misma unidad de medida de la subjetividad dominante, de la que Deleuze ha hecho una serie de retratos completamente admirables en su obra filosófica. Por consiguiente, la crítica del individualismo es totalmente fundamental para actualizar la construcción de un espacio social postnacionalista. Y en ese sentido trabajo: ¿cómo hacer converger un sujeto no unitario, nómada por lo tanto, con un espacio no nacionalista o postnacionalista? Nos hace falta una política nómada. Las tácticas son múltiples, pero el objetivo sigue siendo el mismo: se trata de retomar la crítica del humanismo clásico propuesta hace ya un siglo por los maestros de la sospecha de la modernidad (Marx, Nietzsche, Freud) y de encaminarla hacia una práctica política de las pertenencias múltiples y contradictorias, en vez de hacia la práctica de la pertenencia común a una entidad fija que denominaríamos “la civilización europea”. Creo que si las complejas trayectorias del sujeto nómada convergen en el proceso de deconstrucción de una nacionalidad entendida como unitaria, fija y definida con respecto a la supuesta “misión civilizadora” de Europa, se abren nuevos espacios sociales. Se trata de espacios sociales, pero también discursivos: territorios de pensamiento y de imaginación. Creo que este tipo de espacios son indispensables para redefinir lo que llamo el nomadismo como proyecto. Deleuze los denominaría como procesos de devenir.

A la luz de las reflexiones postestructuralistas acerca del sujeto no unitario —ya sea del sujeto barrado del psicoanálisis o, por el contrario, del sujeto de la subjetividad nómada—, pienso que la pasión postnacionalista que animó las tesis fundacionales del espacio común europeo es del todo compatible con la crítica del individualismo y del sujeto unitario. La ciudadanía flexible procede de esas transformaciones de las mismas estructuras de la subjetividad. Soy consciente —por desgracia— del hecho de que en el contexto político reaccionario actual este proyecto parece una utopía, pero creo que prolonga las mismas premisas fundacionales del espacio común europeo y que es, por lo tanto, muy susceptible de llevarse a cabo.

Si el sujeto —que, desde mi punto de vista, ha dejado de ser uno— adquiriese el derecho a las pertenencias múltiples, tanto en el plano de la nacionalidad como en el del estatus legal y policial en el interior de un espacio común europeo definido dentro de un marco postnacionalista, la complejidad se convertiría casi en una situación de normalidad. Éste es el sentido en el que trabajan especialistas en derecho europeo como E. Preuss: en vista de que la ciudadanía europea es algo que está por construir, esto es, que se trata de un proyecto en proceso de devenir, todo habitante de los Estados-nación que constituyen la Unión Europea ha de “devenir europeo” él/ella misma. No se halla, por lo tanto, en una situación conceptual o legalmente distinta de todos los que “devienen europeos” a partir de otras situaciones o posicionamientos, a partir, por ejemplo, de su ser ciudadanos de un Estado-nación de la Unión.

“Es significativo que incluso hoy en día la oposición más fuerte a la Unión Europea adopte la forma de un nacionalismo exacerbado”

Esta simetría de fondo hace posible unos modelos flexibles de pertenencia a la Unión Europea: por ejemplo, los trabajadores “temporales” o migrantes, que surcan el continente europeo asumiendo las tareas más duras y peor pagadas, o los trabajadores que residen a tiempo parcial en uno de los Estados miembros de la Unión, que desempeñan unas funciones fijas a la par que mantienen la nacionalidad de su país de origen, toda esa masa de fuerza de trabajo que hoy se clasifica precipitadamente bajo la rúbrica de “migración” podría ser redefinida como ciudadanos a tiempo parcial o ciudadanos temporales. El derecho de pertenecer a una nacionalidad no descansaría entonces en el espacio —la tierra, el suelo, el zócalo familiar, el contrato laboral en un lugar ubicado en el interior del Estado-nación—, sino más bien en el tiempo o el plazo de la afiliación por parte de un sujeto al espacio social en el que él/ella funcione. Durante el tiempo de su afiliación, este sujeto dispondría de una ciudadanía plena y no limitada. Las prefecturas de la policía funcionarían como estaciones o como torres de control aéreo: deberían proveerse de ordenadores muy potentes para registrar y mantener al día las complejas temporalidades de los ciudadanos de pertenencia múltiple. El multilingüismo se impondría también, ¡en ambos lados, por supuesto!

Me permito un tono irónico porque es evidente que en el contexto político actual no existe la más mínima voluntad política de transformación en el sentido que indico. Por el contrario, todos los signos apuntan lejos de esa flexibilidad, hacia una creciente rigidez de las fronteras y una sedimentación de los espacios y modos de pertenencia. Sin embargo, lejos de caer en la resignación por el estado de cosas actual, quiero insistir en la posibilidad y la necesidad de actualizar alternativas políticas y legales. Nada nos obliga a emprender el camino de la reterritorialización de las identidades, los itinerarios del devenir nómadas nos aguardan: ahora es nuestro turno.

Los márgenes de Europa

P: En tu contribución al nº 12 de *Multitudes* reafirmas, con Deleuze, que en el centro no hay devenir posible, que todo se juega en los márgenes. ¿Cuáles son los márgenes de Europa y cómo pueden producir otros devenires para Europa? Insistes también en que, hoy, el verdadero nómada es el capital, la única movilidad, la del capital y las mercancías. ¿Qué estrategias, qué batallas “de” y “con” los sin papeles caben en Europa? Los sin papeles, los emigrados, los refugiados, los exiliados, son otros tantos sujetos nómadas, pero para ellos el nomadismo no es una metáfora.

Braidotti: No creo en la noción de margen en tanto que cantidad empírica o denominación fija, ni tan siquiera en el sentido espacial del término. Los márgenes están siempre dentro, “en el interior” de un espacio social que no es liso, sino multilineal, discontinuo y lleno de brechas. La noción hegemónica de Europa —aquella contra la que lucho en nombre

del proyecto político de una Unión Europea postnacionalista— implica, por el contrario, una idea de los márgenes o de las fronteras definidos como minorías numéricas y alteridades inasimilables. Considero esta visión del todo obsoleta e irrelevante para nuestro espacio social en esta fase de globalización.

A mi parecer, las alteridades múltiples y los elementos heterogéneos con respecto al orden o a la unidad de medida dominante se encuentran diseminados por el tejido social, en el que se expresan a través de múltiples manifestaciones. La alteridad se ha convertido en una transversalidad difusa y el centro ya no se sostiene.

No olvidemos además que el capitalismo avanzado es también una economía política que fabrica, mercantiliza y valoriza la "diversidad". Basta con pensar en la *world music*, en la cocina "fusión", en las modas de prendas de vestir multiculturales: en los múltiples *looks* afrocaribeño, latinocubano o, sencillamente, extraterrestre. Creo que el mensaje dominante de la economía avanzada es el de la comercialización de las marginalidades, redefinidas como mercancías de intercambio y materia de beneficio: *United Colours of Benetton*. El que todo esto se reduzca a una enorme concentración de medios de producción y de beneficios no es la paradoja más insignificante de nuestra época. En este marco, tomaría cierta distancia con respecto a los márgenes a fin de impedir una suerte de aproximación romántica a la marginalidad. El envite —político y teórico a la vez— consiste más bien en producir unas alianzas transversales —o unas convergencias de fuerzas e imaginaciones políticas— que borren el posicionamiento respectivo del centro y de sus márgenes, introduciendo una economía diferente y otras formas de movilidad. O lo que es lo mismo, la relación entre los ciudadanos a tiempo completo y las minorías/migrantes/sin papeles, emigrados, refugiados y exiliados ha de redefinirse a través de unas prácticas diferentes de la socialidad y de las movi­lidades respectivas.

Me explico: no creo que la política del posicionamiento —una de las principales lecciones de la teoría feminista— y el método cartográfico que da cuenta de las posiciones respectivas y recíprocas se reduzcan a elecciones metafóricas. Para cualquier sujeto pero, sobre todo, para los nómadas, su posicionamiento o sus formas de pertenencia múltiples son todo menos metafóricos. Ser un ciudadano a tiempo completo o un inmigrante con un permiso de residencia temporal o, por el contrario, un exiliado con una relación insostenible con su país de origen o, más aun, un sin papeles cuyas pertenencias están por negociar, no son metáforas. Son más bien unas formas de materialización y, por lo tanto, de literalización de unas realidades históricas y geopolíticas muy concretas: es la historia que se te pega al cuerpo, que te fija en un espacio que nunca es el de tu elección y que ha de ser renegociado paso a paso, de puerta en puerta, de ventanilla en ventanilla.

De hecho, nunca he escrito o pensado que el nomadismo fuera una condición universal: no considero que sea el símbolo de la condición

*"El devenir nómada
es necesario para no
caer en el infierno de
los fundamentalismos
cruzados en el que
nos hallamos
inmersos
a escala mundial"*

humana en la fase de la globalización. Me parece que esta fase se define más bien por la coincidencia de tendencias totalmente opuestas: movilidad de masa para algunos, barreras insuperables para otros. La simultaneidad de estos efectos contrarios rige en la situación actual: engendra una economía política y, por consiguiente, una afectividad fundada por una parte en el miedo o la paranoia y, por la otra, en la esquizofrenia o la desconexión. De suerte que no pienso que los sin papeles o quienes habitan los márgenes gocen, ni siquiera en el plano del nomadismo, de una valencia emblemática. Por el contrario, su condición desarraigada les lleva más bien a buscar una fijación, un lugar que consideren como su casa; aspiran a pertenecer. Al inmigrante que ha vivido en su propia piel los riesgos de una vida desarraigada no le tientan *a priori* los devenires nómadas. A este respecto, me gustaría también añadir una aclaración que me avala: como yo misma he crecido en las vastas comunidades de inmigrantes en Australia, estoy en el mejor lugar para conocer y denunciar el conservadurismo profundo, la relación nostálgica y petrificada en el tiempo y el espacio que caracteriza el vínculo entre los inmigrantes y su país y cultura de origen. Lejos de mí, por lo tanto, la idea de caer en el sentimentalismo de los "nobles salvajes" que habitarían los márgenes y de elevarlos al estatus de sujetos privilegiados de las transformaciones políticas. La práctica feminista me ha enseñado a ser mucho más realista y a rechazar de plano las visiones románticas de los otros y del Otro.

Creo, más bien, que el devenir nómada es necesario como proceso político y, por lo tanto, como proyecto transversal, a través de una multiplicidad de espacios y estructuras. Es necesario para no caer en el infierno de los fundamentalismos cruzados en el que nos hallamos inmersos a escala mundial. Lo deseo como horizonte político para todos, incluso para aquellos que se encuentran sin papeles —aquellos para quienes las pertenencias múltiples forman parte de su historia y, por ende, de sus destinos sociales, lo que les lleva a una visión unitaria e inmutable de su identidad cultural.

Lo quiero de una manera muy intensa debido, también, a mi conciencia feminista: en efecto, muy a menudo esa nostalgia de las culturas de origen y esa imagen estereotipada e inmóvil de la cultura-madre se juegan en el cuerpo de las mujeres, de las inmigrantes y otras, convertidas en el lugar en el que los conflictos entre las civilizaciones alcanzan su estadio más agudo y desgarrador. No olvidemos que hoy en día el imperio americano justifica sus guerras comerciales en nombre de la liberación de las mujeres y que las culturas musulmanas combaten en las suyas en nombre del rechazo de la imagen occidental de la mujer liberada. Ninguno tiene en cuenta y todos ignoran casi todo de las prácticas políticas y morales de los movimientos de mujeres en el mundo durante los últimos treinta años. De suerte que en algo se parecen y de manera especular.

En otras palabras: es preciso un devenir nómada de los inmigrantes y los sin papeles, en el sentido deleuzo-guattariano del término, esto es,

como desestabilización de un deseo totalizante de pertenencia única. A lo cual añadiría el proyecto de las ciudadanías flexibles de las que he hablado anteriormente: en la Unión Europea sería posible permitir e incluso impulsar unas formas múltiples, temporales y hasta contradictorias de pertenencia a una ciudadanía flexible de unos sujetos nómadas en el sentido múltiple del término.

En cambio, para quienes habitan el centro el desafío es aún más acuciante y el nomadismo, en tanto que realidad desconocida, la senda necesaria que hay que emprender. El centro ha de deconstruirse y comenzar a desplazarse, ha de permitir que las multiplicidades y complejidades lo atraviesen. Porque el devenir es un extraño para los que constituyen el centro, enfrentarse a ese camino desconocido se ha convertido en una etapa necesaria. Es preciso dejar de perpetuar el ser-centro para devenir-mundo, esto es, movimiento.

Traducción del francés por Marisa Pérez Colina

* La entrevista original realizada por Antonella Corsani, de la que aquí presentamos un largo fragmento, se va a publicar también en el próximo número 14 de la revista francesa *Multitudes* (<http://multitudes.samizdat.net>). Agradecemos a la autora y a Yann Moulier Boutang, director de *Multitudes*, el permiso para reproducirla.

Rosi Braidotti ha publicado en español *Sujetos nómades* (Buenos Aires, Paidós, 2000). En preparación está una edición de su último libro *Metamorphoses* (2002) en la colección de "Cuestiones de Antagonismo" de Akal (Madrid).